

(02065)

## Cuando baja la marea

—Una semana de infarto (y 5ª parte)—

### PRIMERA ENTREGA

Eran las siete de la mañana del jueves. A esas horas don Faustino ya estaba levantado y en perfecto estado de revista. Esta vez había pensado desayunar en casa al tiempo que le daba vueltas al asunto de si comprar el coche que Matute le había ofrecido. ¡Qué mala pata que fuese de ese cabrón del Remigio! Ya se había hecho a la idea de cambiar de coche, de abandonar a su querido utilitario renqueante y artrósico por uno más joven y musculoso, pero saber que el aspirante a la sucesión pertenecía a ese cacho animal de dos patas le provocaba náuseas. Al despedirse de Matute en la larga charla de la tarde anterior, éste le había dado el precio de venta y era para no pensárselo ni un minuto: hecho, Sebas, ¿dónde firmo? Sin embargo, mantuvo su palabra y quedó en responderle hoy. Claro que la decisión seguiría siendo provisional hasta tanto Remigio no confirmase la venta anunciada y, para eso, debía dar señales de vida. ¡Lo mismo, al enterarse de quien era el comprador, se negaba en redondo!

En esas estaba cuando le sobresaltó el timbre de la puerta. No, no era una equivocación. Quién llamaba lo hacía con insistencia, conocedor de que quien allí vivía ya estaba levantado. Dejó en la encimera el tetra brick de leche y fue raudo a abrir.

—¡Buenos días, don Faustino! Perdona que le moleste de esta manera tan abrupta pero acabo de bajar a la calle a pasear el perro y he visto su coche. ¡Está completamente quemado!

El viejo profesor reaccionó con entereza ante la mala noticia.

—Gracias por decírmelo, vecino. El pobre estaba para el arrastre pero no merecía ese final tan chusco. Voy a buscar las llaves y bajo a ver qué se ha podido salvar.

—¿Quiere que le acompañe? —le preguntó, solícito, su vecino de escalera. Un viejo jubilado, antiguo abogado, cuya vida discurría entre la rutina y el hastío. Todo lo contrario de lo que había sido su larga vida laboral.

—Sí, se lo agradecería.

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

—Si tiene una cámara de fotos le recomiendo que se la baje y haremos unas cuantas instantáneas. Los del seguro querrán luego irse de rositas y pagarle a usted dos duros aduciendo que el coche era más viejo que Matusalén. Y de cara a la denuncia tampoco le vendrán mal.

—Gracias por el consejo, don Anselmo. Un segundito que ahora mismo vengo.

El profesor dio media vuelta y, lo más de prisa que pudo, pese a las molestias que en ese momento sentía en su pierna izquierda, se fue a por las llaves y la cámara de fotos. ¡Vaya semanita de infarto que llevaba! El cuarto día de la puñetera semana no podía haber empezado peor.

\*\*\*\*\*

En casa de los Matute acababa de sonar el despertador. Normalmente era Sebas quien se levantaba primero. Pasados unos veinte minutos, llamaba a María. Esta vez fue ella la primera en despertarse. Instantes después le llamó tocándole en el hombro, que asomaba fuera de las sábanas.

—Sebas, es la hora.

Matute tardó en abrir los ojos. Estaba cansado. La noche anterior se había acostado muy tarde porque, después de irse María tras el escándalo que escucharon en “Radio Pelota”, él siguió en el salón sin decir ni mu. Ni tenía ganas de discutir con su señora, que se fue directa a la cama con el ceño muy fruncido, ni tenía ganas de acostarse. Aquellas insultantes palabras de Evaristo, dejadas al descubierto por un micrófono indiscreto, le hicieron sentir mucho más que afecto por Susana. Qué duro debía ser el ambiente de trabajo de la emisora para que aquel energúmeno la tratase así. Pero, ¿sería verdad lo que había dicho aquel racista? Sacó el otro brazo de debajo de las sábanas, miró el reloj de pulsera que María le había regalado por su último cumpleaños, y dijo con voz casi susurrante:

—Soy el jefe así que hoy acudiré al taller un poco más tarde. Estoy muerto de sueño...

Entonces se dio media vuelta en la cama en dirección a María y, temiendo ver qué morro le tendría preparado a tenor de cómo fue la despedida nocturna, entornó los ojos para ir abriéndolos poco a poco. Conforme lo hacía se fue llevando una grata sorpresa. Su mujer le miraba sonriente y con una cara mitad beatífica y mitad picantona. Se quedó un poco desconcertado viendo que no era la actitud que había

previsto, pero más sorprendido quedó cuando se dio cuenta que su mujer estaba desnuda. Ella se acurrucó a su lado.

—Sebas, siento mis palabras de anoche sobre esa chica. No sé porqué reaccioné así. No tengo prueba alguna. Fueron horribles aquellas acusaciones...

—Si te lo he dicho, mujer. Si mi única relación con esa periodista fue salvarla de la paliza que unos ultras estaban dándole en un descampado cercano a un campo de fútbol.

—Estoy muy nerviosa desde hace tiempo. Lo sabes. Me juego mucho en las próximas elecciones. Son como una final de ese campeonato que siempre tienes en la boca... ¿la Liga, Sebas?

—La Champions, querida.

—Pues eso, me voy a jugar en menos de un mes todo por lo que vengo luchando desde hace años. Si pierdo las elecciones mi futuro político puede ir cuesta abajo. Han ido quedando muchos cadáveres en el camino. Segis lleva demasiados años gobernando en el Ayuntamiento y se cree el amo de la ciudad y del partido, a pesar de que perdió las primarias. No las tendré todas conmigo hasta que no gane las elecciones y lo haga por mayoría absoluta. Pero... no quiero hablar ahora de todo eso, aunque me hace mucho bien, Sebas. Es demasiada la presión que soporto, demasiada tensión la que se vive en estos momentos tan decisivos.

María se dio cuenta que iba por mal camino, que ese no era el momento de contar sus cuitas profesionales a su maridín. Había tomado la decisión, viéndole dormir como un bendito, de demostrarle que estaba dispuesta a luchar porque no naufragase su matrimonio. Ni le convenía a su carrera política ni estaba segura de haber dejado de querer a Sebas. Tampoco haría nada que perjudicara a su hijo Sergio, al que tenía abandonado desde hacía años por culpa del ejercicio casi exclusivo de su profesión. Nunca había sido celosa pero, a pesar de que se consideraba todavía muy atractiva, no podía evitar el ver a Susana, mucho más joven que ella, como una amenaza. Algo absurdo pero conocía varios casos de colegas masculinos que, con una edad similar a la del Sebas, habían dejado a sus mujeres por otras más jóvenes. Quizás el problema estaba en ella misma, que veía cómo fuera de casa los hombres de su entorno la miraban con unos ojos mucho más golosos que el forrofo pelotero que tenía en casa. Y, encima, eran mucho más atractivos que él...

—No te quiero aburrir con mis pejugueras laborales... –concluyó.

—Pues quizás deberíamos hablar más de esas pejugueras, las tuyas y las mías. A lo mejor nos dábamos cuenta que nos necesitamos mucho más de lo que creemos – respondió Sebas.

—Ya lo hablaremos más tarde. ¿Cuánto tiempo hace que no nos damos un revolcón al despertar?

—Uf, ni me acuerdo, María. Con lo que a mí me gusta, así, tan calentitos los dos, con las pilas bien cargadas...

—Y el Sergio durmiendo...–remató la señora Reina, a la que no se le escapaba ningún detalle.

—Eso... ya no lo sé, cariño. Me parece que sigues viendo al Sergio como un niño y ya es un tío con los güevos llenos de pelos...

—No seas basto, hombre. Además, rompes así bruscamente un momento tan, tan...– la palabra no le salía de la boca.

—¿Romántico? ¿Íntimo?–el Sebas acudió al quite.

—Agradable. Ya sé que no es un niño pero si anoche se acostó también tarde seguro que estará durmiendo a pierna suelta y, por la hora que es, tenemos todavía veinte minutos para actualizar ese “ni me acuerdo”. Yo estoy muy caliente, ¿y tú?

Ni respondió. El Sebas se abalanzó sobre los morros de María y le estampó un beso de película. No la ahogó de milagro. Se aplicó con un frenesí similar al que tenía en sus años de soltero, cuando buscaba compulsivamente cualquier hembra bien dotada para acallar la llamada salvaje de su sexualidad desbordada. Fuera por la falta de costumbre a esas horas o porque le urgía el deseo de comprobar que su mujer aún le deseaba y que él seguía sintiendo por ella la misma pasión de antaño, aquel arrebatado beso le supo a gloria. Suspiró aliviado. Todavía seguía poniéndose a cien al notar el contacto de sus cuerpos desnudos. Todavía seguía habiendo química entre ellos dos.

Cuando María intentaba respirar con cierto desahogo tras aquel besazo inesperado y el Sebas reponía fuerzas y aliento, la puerta del dormitorio se entreabrió y Sergio asomó el careto.

—Papuchis, anoche no me acordé de deciros que hoy... —cuando vio el percal, aunque en ese momento sus padres estaban recomponiendo la figura, cerró el pico, también la puerta y fuese con una sonrisa llena de felicidad. Eso era lo que deseaba de sus padres, que gozasen juntos, que se amasen, en vez de alzar la voz recriminándose cosas. Qué ganas tenía él también de disfrutar del sexo con una chica, de comprobar si lo que había leído en las revistas, visto en videos del internet y oído a algunos compis más adelantados, era tan estupendo y maravilloso como parecía. ¡Ojalá que no fuera propaganda!

—Por poco nos pilla en plena fiesta —dijo María al tiempo que se ponía aún más colorada, es decir, más hermosa.

—No te preocupes. Ni es la primera vez ni espero que sea la última...—remachó el Sebas al tiempo que volvía al ataque. Sólo que esta vez lo hacía a toda pastilla, con boca, manos y lo que hiciera falta.

\*\*\*\*\*

Don Faustino entró en el Bar Manolo arrastrando ambos pies. Pareciera que llevaba grilletes. En cuanto lo vio Manolo supo que algo le pasaba. Iba a salir de detrás de la barra cuando el profesor le calmó:

—Tranquilo, Manolo. Estoy bien, sólo que deseando que acabe esta puta semana y todavía falta día y medio.

—El Remigio, ¿verdad? ¿Por qué coño lo han dejado suelto?

—Me voy al reservado. Ponme lo de siempre. No me ocurre nada, sólo un bajón anímico que pasará a mejor vida en cuanto tome tus comistrajos...

No tardó mucho Manolo en llevar a don Faustino su habitual desayuno.

—Desembucha —le dijo en cuanto dejó la bandeja sobre la mesa.

—Esta madrugada le han pegado fuego al coche. Lo rociaron con gasolina y no ha quedado de él ni la matrícula.

—¡Ese cabronazo es un peligro público! ¿Cómo lo dejan suelto? Porque habrá sido él, seguro, quien si no... Ya te lo advertía ayer el inspector Cañeque. ¿Has puesto la denuncia?

—Ahora iré, cuando esté bien comido y repuesto del susto. Me he mantenido sereno y fuerte al principio, pero cuando venía para acá, andando por las aceras casi desiertas, me ha entrado un bajón que me ha dejado hecho cisco. El pobre Renault ha quedado irreconocible. Le he hecho unas fotos por consejo de don Anselmo, el vecino que me ha avisado. Mira... —don Faustino sacó la cámara y le mostró la decena de imágenes que había tomado.

—¡Qué canallada!

—Veinte años de recuerdos... Un poco de gasolina, una cerilla y plaf, en unos minutos, todo a la mierda. Lo compré cuando me fui huyendo de Mospintoles, ¿recuerdas? He recorrido con él gran parte de este país. —Don Faustino tomó un poco de café con leche y prosiguió con su lamento—. En ese coche me enamoré, me he peleado con gente querida, he llevado a un joven que se moría... Cuántas veces vagué sin rumbo fijo pretendiendo olvidar los problemas del día o encontrarles una solución allí dentro, protegido por su coraza de acero. Me estoy poniendo cursi, Manolo. No es la pérdida del coche... es que ha desaparecido para siempre el escenario de importantes momentos de mi vida en los últimos veinte años.

—Siempre estarán en tu cabeza, en tu jodida cabeza, Faustino.

—No es lo mismo...

—No le des más vueltas. Quemándolo se han adelantado a su muerte natural. Veinte años... joder, ¿quién coño tiene un coche veinte años seguidos?

—No es el puto coche, son los recuerdos que me traía...

—Siempre habías huido visceralmente de los recuerdos y en esta semanita le has dado la vuelta a la tortilla de una manera...

—Tienes razón. Menuda putada lo de esta semanita.

—Además, estabas dándole vueltas a la idea de comprarte ese Audi que Matute te ofrecía a precio de ganga, ¿no? Olvídate del viejo coche porque de todas maneras lo ibas a largar a mejor vida. Ya sé que no es lo mismo verlo quemado que dejarlo en un taller o en un desguace pero al final es lo mismo: acaba destrozado. Ahora, con más razón que antes, comprarás ese cacharro del Sebas...

—No lo sé, por eso quisiera pedirte consejo. ¿Tú crees que debo comprar un vehículo que ha tenido como dueño a ese animal del Remigio? A saber tú qué recuerdos y vivencias cobijará en su interior...

—¡Pues sí que te ha dejado tocado la quema de tu viejo “cuatro latas”! ¡Anda y que le den!

## SEGUNDA ENTREGA

Don Faustino salía de la Comisaría, donde acababa de poner la denuncia. Antes había llamado al Instituto contando a Belmonte lo sucedido con objeto de que tuviera una justificación sobre su ausencia a clase. Ante la pregunta del policía sobre quién creía que podía ser el ejecutor, don Faustino dijo desconocerlo. No se atrevió a citar a Remigio, tal y como le había aconsejado Manolo.

—¿Qué habrá venido a hacer el profesor a este recinto tan sagrado?

La voz de Cañequé sonó rotunda a espaldas de don Faustino. Este se giró y dio las gracias al destino por brindarle aquel encuentro. No estaba nada seguro que Remigio hubiese sido el autor de la quema de su coche y sólo el inspector podría sacarle de dudas.

—Me voy a quedar en casa hasta que acabe esta semanita, Cañequé. Es que no paran de pasarme cosas...

—Quería verle. De hecho iba a salir para el Instituto pero alguien me ha dicho que estaba por aquí. Venga conmigo...

Cañequé llevó de nuevo a don Faustino al interior de la Comisaría. Lo subió a la segunda planta y tras atravesar un pasillo más oscuro que la boca de un lobo –ya ve, no hay ni una puñetera ventana ni una maldita luz, así cuidan a quienes trabajamos por hacer más segura la vida de los ciudadanos– abrió una pequeña puerta. Pasaron dentro –cierre los ojos, profesor, o la repentina luz de la habitación le deslumbrará tras atravesar las tinieblas del pasillo–. En efecto, un gran ventanal iluminaba tan profusamente aquel cuchitril que don Faustino tuvo que taparse los ojos

–¿Lo ve? Enentre la sombra más lóbrega y la luz más resplandeciente sólo hay un breve instante. El mismo que separa el bien del mal o viceversa... Pero dejémonos de

metáforas, amigo Faustino. Tengo que darle dos noticias. Una es buena y la otra mala. ¿Cuál desea conocer antes?

—No sé, no creo que esta semana haya una noticia buena...

—Pues la hay: Remigio ha muerto.

—¡Dios!

—Deje en paz a la divina providencia. Ya sabe que tiene la costumbre de no meterse en nuestros barullos terrenales...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha ahorcado. Su cadáver apareció esta mañana, sobre las ocho y cinco.

—¿Y esa era la noticia buena? ¡Joder, cómo será la mala!

—Naturalmente que es una buena noticia. Ya hay un lagarto menos al sol. Hay gente cuya muerte alivia a los demás... El Remigio era un peligro público, incluso para su familia más allegada, y ahora ya no es nada.

—¿Por qué cree que se ha suicidado? —preguntó don Faustino, que todavía no acababa de creerse la noticia.

—Estos tipos que han mamado la violencia desde pequeñitos a veces acaban ejerciéndola sobre sí mismos. Así debería ser siempre, que beban de su propia medicina y si es posible, que desaparezcan con ella.

—Es usted muy duro...

—Ya. Se lo dice alguien que ha visto mujeres ensangrentadas porque el cabrón de su marido o novio las creía de su propiedad, como si fuesen un objeto. Alguien que ha visto morir a policías amigos por tratar de impedir un atraco, un secuestro de gente inocente o por querer evitar que un alijo de droga llegara a su destino e hiciera picadillo a cientos de personas. Si el mundo está lleno de hijoputas, siempre será una buena noticia que uno de ellos lo abandone. El drama es que hay cientos de ellos que no secuestran, ni matan, ni maltratan físicamente si no que ocupan importantes cargos de responsabilidad en bancos, multinacionales, gobiernos... y que exponen a miles o millones de personas a la pobreza, la marginalidad o la desesperación con sus decisiones socialmente aceptadas y magníficamente retribuidas. Pero bueno, no sé a qué viene esto...



—Estoy de acuerdo con usted, si le sirve de consuelo pero...

—El tipo no ha podido aguantar los últimos acontecimientos.

—No le entiendo, inspector.

—Necesita urgentemente unos días de descanso, profesor. Desaparezca de Mospintoles cuando llegue el fin de semana. Es un consejo de amigo... Verá. Remigio fue la primera parte de su vida un delincuente en toda regla pero le salvó el que tenía buenos padrinos. Desde su padre, inspector como yo, a su abuelo, un alto mandatario del régimen franquista reconvertido a demócrata de toda la vida cuando el dictador estiró las pezuñas. Cuando vinieron mal dadas, es decir, cuando los padrinos pasaron también a mejor vida no le quedó más remedio que sentar la cabeza o buscar protección bajo el manto de un hijoputa de los que le comenté antes. Entonces apareció Melitón, sí, ese señor López al que ahora todos besan las pelotas y el culo porque preside un equipo de fútbol y otras empresas exitosas. López le contrató como jefe de seguridad. Fue en aquellos tiempos famosos de Alcorcada...

—Pues si Remigio estaba tan bien situado no entiendo...

—El presidente aspira a ser un dios una vez que su creación más sonada –el Rayo– esté en un momento álgido. Hay gente de su entorno a la que ya no necesita. Es más, le resulta incómoda. Remigio, por ejemplo. Sabe demasiado porque lleva demasiados años a su servicio y que empezara a actuar por libre en algunos asuntos de aparente poca importancia, como la creación de esa peña ultra sin permiso de la entidad ni de su dios, fue la gota que colmó el vaso. Profesionalmente Remigio estaba acabado. En el plano psicológico andaba fatal. Sentía pesadillas desde que hace varios años murió su esposa, a la que maltrató y puteó todo lo imaginable. A menudo intentó rehacer su vida con otras mujeres pero todas huían despavoridas en cuanto le calaban, y no tardaban en hacerlo. Tenemos un amplio dossier sobre sus andanzas en los últimos tiempos.

—Iban detrás de él esperando que diera algún paso en falso –insinuó el profesor.

—Tras lo de su mujer empezó a coquetear con la droga. Traficando, aunque nunca le pudimos coger, y consumiendo. Empezaba a estar mentalmente enfermo, así que cualquier minucia como el accidente escolar en que se vio envuelto su hijo Julio le hizo cometer la agresión del Instituto. Esa es otra... su hijo Julio.

—¿Todavía más cosas? Es usted un libro abierto, Cañeque...

—Empezó a sospechar de él. Sí, era un futbolista de gran porvenir, en eso no se equivocaba, pero había algo de su vida privada, de su comportamiento, que le traía mosca. Hasta que un día logró entrar en el ordenador del hijo. Entonces el mundo se le vino abajo. ¿Se imagina porqué? ¡Usted le dio clase al chaval durante dos añitos!

—Recuerdo que Julio era una excelente persona aunque los estudios no le gustaban, pero en segundo de la ESO empezó a cambiar a peor su comportamiento. Se lo pregunté a su madre, con la que mantuve varias entrevistas de tutoría. La mujer no soltaba prenda pero intuí que algo grave estaba pasando en casa porque cada vez que la veía estaba más desmejorada. Sí, Remigio la maltrataba, la estaba matando...

—El chico, el único hijo que tenía, vivió todo aquel viacrucis de su madre y no es de extrañar que le afectase muy negativamente. Qué menos, profesor... La cosa fue a peor tras la muerte de ella. Sólo el refugio del fútbol le sirvió al chaval como medio de superar aquel drama, aunque curiosamente también era el refugio y pretexto que usaba su padre para intentar mantener con él una relación cercana. Menos mal que hay una tía suya que lo acogía cuando la tempestad se desataba en casa de Remigio o cuando éste no aparecía por allí. Hasta que no hace mucho, sospechando ciertos comportamientos, hurgó en su ordenador y...

—No siga, por favor... Ya no aguanto más esta semana de sucesos, de recuerdos, de confidencias... Tengo la cabeza a punto de reventar, inspector.

—Hemos llegado al final, amigo. Remigio comprobó que su hijo tiene tendencias homosexuales. Por la edad no tienen porqué ser definitivas, pero... Aquello fue la puntilla, lo que acabó por hundirle en la locura. Los vecinos cuentan...

—Déjelo, inspector. No quiero saber nada más.

—Está bien. Esa historia también me duele a mí como no se imagina. La muerte de Remigio va a ser una buena noticia para su hijo. No hoy ni mañana, pero es lo mejor que le podía pasar. El porvenir que le esperaba al lado de este padre era negro, horrible... Todavía está en el hospital. Hoy le dan el alta. Acudiré con su tía a darle la noticia, aunque también hemos pedido ayuda a un psicólogo del hospital. Me he implicado demasiado en este caso y eso no es bueno...

Al inspector Cañeque se le notaba emocionado. Don Faustino pensó que de un momento a otro podían saltársele las lágrimas.

—A Remigio todo se le había torcido últimamente. El remate de los remates fue un cáncer muy avanzado que le diagnosticaron la semana pasada. Le quedaban dos telediarios. Anoche se le debieron cruzar los cables más de lo que ya los tenía cruzados y decidió acabar con su vida. Ahí demostró lo cobarde que ha sido toda su vida. La valentía se demuestra en los momentos de adversidad, cuando hay que luchar contra la adversidad. Encima de la mesa ha dejado varios sobres dirigidos a su hijo y a su hermana. También había por allí distintos papeles: el diagnóstico del cáncer, varios ingresos bancarios de última hora y algo que me ha llamado mucho la atención: una autorización para que vendan su coche, un Audi, y una cuenta corriente para ingresar el dinero. ¿A que no sabe a quién autorizaba dicha venta?

Don Faustino se hizo el ignorante aunque sabía perfectamente la respuesta. Si aquella conversación no acababa pronto le entrarían ganas de vomitar.

—Cañeque, déjelo, por favor... Si la muerte de Remigio es la buena noticia, acabemos cuanto antes y dígame la mala... Tengo que regresar al Instituto.

—La mala es que, si no ha sido Remigio quien ha pegado fuego a su coche, eso significa que hay suelto por ahí alguien que le tiene en el punto de mira, profesor. Ahora ha sido el coche pero quién le dice que en otra ocasión la diana no será usted mismo...

### **TERCERA ENTREGA**

Don Faustino, tras su conversación con el inspector Cañeque, cogió un taxi y salió disparado hacia el Instituto. Tenía clase con su tutoría (un examen) y no quería llegar tarde ni posponerlo. Mientras iba de camino llamó a Matute para quedar con él. Le informó que de madrugada le habían quemado el coche y que estaba interesado en la compra del Audi de Remigio, aunque no le dijo nada sobre que había aparecido muerto esa misma mañana. Acordaron verse en el Bar Manolo en torno a las siete.

Al acabar su jornada laboral, repitió el mismo trayecto que había realizado el día anterior al salir del Instituto. Volvió a pasar por la calle cochambrosa y maloliente de entonces, volvió a ver las mismas cacas de perro y grafitis. Tuvo la impresión de que aunque habían pasado 24 horas aquella mugre era la misma de entonces. Para el servicio de limpieza municipal esa calle debía ser territorio comanche. Confirmó sus sospechas cuando llegó a la altura del contenedor de basura al que habían prendido fuego aquellos niñatos y vio, con estupor, que seguía allí, arrugado y ennegrecido,

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

prácticamente inservible. Se paró delante e intentó recordar. Tenía la seguridad de que el autor de la quema de su viejo coche no era Remigio. No creía que su máxima preocupación antes de ahorcarse fuera pegarle fuego a su vehículo. ¿Y si habían sido los mismos a los que regañó y, posteriormente, denunció? Aquellos jóvenes debían ser gente peligrosa. Entonces aligeró sus pasos para no tentar nuevamente a la suerte aunque parecía que la calle estaba desierta. Unos minutos más tarde divisó la suya. A la altura de su portal había un hombre maduro, de unos treinta y pocos años, bien plantado pero altamente sospechoso. Miraba a todos lados sin perder detalle pero procurando no llamar la atención. En esos momentos le entró un pánico atroz. ¿Quién sería aquel tipo que claramente hacía guardia donde él vivía? ¿Tendría que ver con el incendio de su coche? ¿Pero no había pensado hacía unos minutos que quizás aquellos jóvenes gamberros podían haber sido los autores?

Por fortuna la calle era amplia, había coches circulando y por las aceras paseaban varios peatones con aire despreocupado. Esta observación le tranquilizó sobremanera, así que siguió hacia adelante con el alma en vilo. Cuando llegó a la altura de la fachada de su piso, aquel hombre vino hacia él con una sonrisa y la mano extendida. Pese a ello, el viejo profesor no las tenía todas consigo.

—¿Don Faustino?

—Sí, ... soy yo...

—Soy el subinspector Cañeque. He llamado al Instituto y me han dicho que probablemente vendría para acá así que he decidido esperarle. Soy el hijo del inspector Cañeque.

—Mucho gusto en conocerlo, aunque viéndole de lejos he llegado a asustarme un poco. Me quemaron el coche esta mañana...

—Estoy informado de todo, don Faustino. Me han encargado la investigación y ya tengo las conclusiones definitivas.

—¡Coño, qué rapidez!

—Hay un testigo que vio todo desde una ventana cercana y, por si fuera poco, las cámaras de una Caja de Ahorros colindante efectuaron una grabación. Encontrar a los autores ha sido coser y cantar.

—Dice autores...

—Dos jóvenes que responden al nombre de Juan y Luis. Al primero lo identificamos inmediatamente gracias a la descripción del testigo. Tiene una cicatriz en la cara que le va a delatar siempre a menos que se haga la cirugía estética. Él nos llevó al otro en cuanto le apretamos un poco las clavijas. No tienen dos tortas ni dos dedos de frente pero así empiezan muchos, cometiendo gamberradas o pequeños delitos y luego acaban actuando a lo grande.

La corazonada de don Faustino era cierta. El de la cicatriz era uno de los cuatro jóvenes que habían metido fuego al contenedor en aquella calle maloliente justo cuando él pasaba por allí.

—¿Y han dicho por qué le han pegado fuego a mi coche? ¿Tan mal les sentaron mis palabras al recriminarles por lo que estaban haciendo?

—No es la primera vez que un honrado ciudadano llama la atención a este tipo de jóvenes por cualquier tropelía que están cometiendo y la toman con él. Le insultan, pegan o hieren. No están los tiempos para heroicidades ni para meterse en camisas ajenas, don Faustino. Esa gente vio cómo luego hablaba usted con la policía local, probablemente describiéndolos, y decidieron darle un buen susto. Los dos cafres han cantado la gallina en cuanto les metí en el furgón. Uno de ellos le conocía. Vive en el mismo barrio que Piquito y en diversas ocasiones le ha visto a usted entrar en la casa del famoso futbolista. Y, claro, tenía localizado su viejo Renault.

—Qué fácil es hacer daño al prójimo... ¿Qué me aconseja que haga con la denuncia?

—Mi padre le diría que la retire. Lo haga o no esos dos tipos van a estar en la calle en un santiamén y, además de reírse de todos nosotros, si no la retira puede que le hagan la vida imposible. ¿Usted cree que merece la pena? Encantado de haberle conocido, don Faustino.

El subinspector Cañeque se despidió con un fuerte apretón de manos. A un gesto suyo apareció un coche policial camuflado y se subió al mismo. Le volvió a saludar y el vehículo partió a toda velocidad.

\*\*\*\*\*

El profesor, tras acabar de comer en casa, estaba leyendo el periódico tumbado en el sofá. Como siempre, a no mucho tardar, le entraría sueño dando comienzo a su habitual siesta. En esas estaba cuando sonó el teléfono. Estiró el brazo y cogió el inalámbrico que tenía en una mesilla cercana.

—¡Hombre, Piquito, qué sorpresa oírte! Sí, dime... Hum... sí... estupendo... mañana a las 12... sí, en su consulta. Dame la dirección... sí... Sé por dónde cae, no te preocupes. Sí, dime... —don Faustino estuvo escuchando un buen rato a su interlocutor sin pronunciar palabra alguna, sorprendido por lo rápido que corrían las noticias por Mospintoles. Al fin abrió la boca—. Bueno... era un coche que estaba muy viejo y ya no valía un euro... Me preocupa más que haya chavales que tengan una reacción tan extrema como esos. Deberías tener cuidado si es que alguno de ellos lo tienes por allí cerca. Sí... gracias por lo del doctor y ya te contaré lo que me diga tras ver la resonancia. Espero que no sean muy malas noticias y que la semana acabe mejor que como empezó. Sí..., vale..., adiós, adiós.

Estaba a punto de colocar el inalámbrico de nuevo en su base cuando volvió a sonar. Era la joven periodista Susana.

~Buenas tardes, don Faustino. Espero no haberle despertado de la siesta...

~No, criatura. Estaba lavando los platos...

~Mejor así. Si quiere llamo más tarde, cuando haya acabado...

~No, entonces estaré dando ronquidos y no me despertaría ni una taladradora. Estoy un poco enfadado contigo, Susana.

~Me imagino porqué pero le llamaba precisamente por eso. Quiero excusarme aunque espero que me comprenda... El otro día conté una pequeña historia sobre usted en el programa "Radio Pelota". Lo hice con mucho cariño, usted sabe cuánto le estimo, sólo que sabiendo que se iba a negar si le solicitaba cualquier tipo de información, me atreví a contar algunas cosas que ya sabía. Eso es todo...

~¡A saber qué cosas horribles dirías de mí! —el viejo profesor estaba tomándole el pelo a su joven exalumna.

~Lo puse por las nubes, como se merece. Y por lo que sé a mucha gente le gustó mi historia. Sólo le llamaba por eso, por si acaso no le había gustado...

~No he oído tu programa ningún día, Susana. Lo que tengo ganas es que llegue el mediodía de mañana viernes para escaparme de Mospintoles y perderme por algún lugar de la sierra. ¡Entre pitos y flautas vaya semanita que llevo!

~Pues la mía no ha sido manca...

~Tú eres joven y aguantarás lo que te echen, pero a mí estas cosas me cansan mucho, no soy un chaval. Ya sólo quiero tranquilidad y buenos alimentos.

~¿Tiene algo que ver la quema de su coche con la agresión del instituto, don Faustino? –ah, conque era eso, pensó para sus adentros el profesor, me llamas por eso, te has enterado de lo del coche y quieres información para tu programita, pues te vas a enterar, ji, ji...

~Ah, ya sabes lo del pobre cochecillo. ¿Pero no me llamabas para disculparte por lo otro?

~Sí, don Faustino, pero ya de paso me gustaría saber algo sobre este nuevo asunto...

~Sabes más que los ratones coloraos. Pero, mira por donde, me has encontrado bien comido y relajadito, así que ahí te voy a dar una serie de noticias en exclusiva, Susana. Remigio se ha ahorcado esta madrugada, desesperado y reconcomido ante un hijo que no le quiere, una mujer a la que mató a disgustos y una enfermedad incurable que le diagnosticaron el otro día. Remigio trabajaba para López, tu jefe y, si no recuerdo mal, actual presidente del Rayo. Un fiel empleado hasta que Melitón lo dejó caer. En 1993 el profesor don Faustino, o sea, el menda, sufrió una estafa en la compra de un piso en Alcorcada. El señorito López fue uno de los que la propiciaron. En cuanto a mi coche, le han pegado fuego dos jóvenes delincuentes a los que habrá que dar una oportunidad antes de que sea demasiado tarde y se hundan en el pozo de donde jamás se sale. Y el coche que va a sustituir al quemado, mira tú por dónde, ha pertenecido a Remigio, ese troglodita que estuvo a punto de matarme el lunes pero que hoy jueves ha acabado colgándose de una cuerda. Moraleja: la vida a veces es un círculo infernal y de él sólo se puede salir huyendo. Hacia la sierra, por ejemplo.

~Me ha dejado atónita, don Faustino...

~Pues más te voy a dejar. Sólo te autorizo a que relates en el programa el círculo completo de la exclusiva. De Remigio a López, pasando por don Faustino, los jóvenes pirómanos y otra vez Remigio. ¿Trato hecho?

~No puedo...

~Una periodista joven, decidida e independiente como tú...

~No puedo, don Faustino..., no puede pedirme eso...

La voz de Susana se quebró. El viejo profesor tuvo la sensación de que había empezado levemente a sollozar. Entonces don Faustino dio por terminada la conversación y colgó sin despedirse. Aunque Susana ya no era su alumna, deseó que la lección que acababa de darle le guiara en su futuro profesional. Entenderla, parecía haberla entendido a juzgar por su imprevisto cambio de voz.

—¿No te habrás pasado con esta pobre chiquilla, Faustino? Ya bastante tiene con lo que tiene...

\*\*\*\*\*

A las siete en punto de la tarde, en el Bar Manolo, estaban Sebastián Matute y don Faustino charlando sobre el suicidio de Remigio y el asunto del Audi, el coche que éste quería vender. Como en ese momento no había clientela, Manolo también metía baza en la conversación.

—La cosa es complicada, Sebastián. Un muerto no le puede vender un coche a un vivo por mucho que el intermediario le oyera decir en vida que le buscase un rápido comprador –así de fino razonaba Manolo a la intención de Matute de venderle el coche inmediatamente a don Faustino–. Ni siquiera se lo deberías prestar para este fin de semana porque le para la policía por cualquier cosa y le acusan de haber robado el coche. Y robárselo a un muerto supongo que tendrá más castigo que birlárselo a un vivo...

—Sí, tienes razón... Yo creía que las cosas eran más sencillas...

—Tan sencillas –continuó Manolo, mientras que don Faustino no abría la boca ni para respirar– que como no espabiles te acusarán de muy vivo por haberte quedado con el coche del muerto. Y a ver cómo justificas ante la poli o el juez que tienes autorización para tener ese coche en el taller si no hay ningún documento que justifique esa presencia y el muerto no va a resucitar para declarar a tu favor.

—Vuelves a tener razón, Manolo, porque a mí tanta burocracia y tanta leche me pone de los nervios. El tío llegó el viernes pasado, me comentó que quería vender urgentemente y como era un cliente habitual y no me pidió ningún papel de depósito pues eso, que allí se quedó el maldito coche...

—Creo que ya tengo la solución a este problema –intervino el viejo profesor después de dejar hablar a sus amigos–. Remigio ha dejado entre sus documentos al juez un



escrito por el que autoriza a Sebas la venta del Audi por el precio estipulado. Luego deberá efectuar el ingreso en una cuenta bancaria determinada.

—¿Y cómo sabe eso, profesor?

—Tengo un topo en la policía...

—En cualquier caso –retomó la palabra Manolo– el asunto pasa a depender de un juez y veremos a ver si al final no se queda el Estado con el vehículo...

—¡Qué dices! –le replicó Matute–. Tanto el coche como todos los bienes de Remigio pasarán a su hijo...

—Pues más a mi favor. Lo mismo el chico quiere quedarse con el auto y entonces adiós bicoca...

—Joder, vaya lío... Don Faustino, mejor que se vaya buscando un abogado...

—Al final será mejor pasar del puto coche... –terminó por admitir el profesor– o armarse de paciencia. Tanto comerme el coco con que si lo compraba o no y ahora estamos en estos perendengues... Mientras esperamos acontecimientos, consultaré la cuestión con mi vecino Anselmo a ver qué opina.

—Tiene razón. Espere a los nuevos acontecimientos y mientras tanto le alquilo uno de los coches que tenemos para satisfacer a nuestros clientes cuando le reparamos el suyo. ¿Qué le parece?

—Sebas, lo necesito para mañana al mediodía. Nada más acabar las clases pienso desaparecer de Mospintoles todo el fin de semana. Estaré en paradero desconocido hasta el lunes por la mañana.

—En la puerta del instituto tendrá su coche a la hora convenida. ¿Lo quiere sólo o con compañía femenina? –le preguntó con cara de pillín el Sebas.

—No quiero ver ni al gato. Ya he visto bastante esta semana.

\*\*\*\*\*

La emisión estaba a punto de comenzar. Probablemente sería el programa de radio más oído de la historia de Mospintoles. En la ciudad todo el mundo estaba pendiente de "Radio Pelota", el programa que se había convertido en el líder de audiencia gracias al buen hacer de la periodista Susana Crespo al relatar con tino y arte todos

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

los pormenores habidos y por haber en torno al incidente que había ocurrido el lunes en el Instituto Fernando Orejuela.

Los bochornosos alaridos en su contra que emitiera la noche anterior el jefe de deportes de la emisora habían sido la comidilla de todo Mospintoles a lo largo del día. Algunos especulaban con la posible veracidad de las palabras del primero y daban algunos nombres de posibles amantes. Otros defendían a la chica, considerando las palabras de Evaristo no sólo insultantes sino un delito, pues habían sido escuchadas por miles de oyentes. El honor de la joven periodista había sido puesto en entredicho por un machista y energúmeno de mierda. Eran inevitables los dos bandos, aunque quien más defensores tenía era Susana.

En otro orden de cosas, muchos pensaban que no habría programa. Lo que pocos sabían es que, tras la suspensión de la noche anterior, Evaristo fue hallado semiinconsciente en su despacho. Tras su internamiento en el hospital fue dado de alta sin problemas. Había sufrido una subida de tensión que a punto estuvo de provocarle un serio problema cardiovascular pero le acompañó la suerte, quizás porque bicho malo nunca muere y si muere es porque se ahorca, que diría Cañequé padre. Pese a todo, le habían recomendado una semana de descanso en prevención de alguna recaída, la cual sería peligrosa en grado extremo. Por su parte, Susana sufrió un ataque de histeria que terminó misteriosamente cuando vio que Evaristo era sacado en camilla por varios sanitarios. Luego se fue a casa tras rechazar ser acompañada. Cuando se metió en la cama, más que ganas de llorar sentía impotencia. Sabía que López la estaba manejando como si fuera una marioneta, pero quizás ese era el precio que debía pagar si aspiraba a algo más que ser una vulgar periodista de pueblo o de pequeña ciudad. Si su rampa de lanzamiento era López, bienvenido era. Ya tendría tiempo, si le salían bien las cosas en un futuro, de vengarse de él y de su puta madre.

Llegó la hora. La tensión se palpaba en el ambiente y en todo el personal allí congregado. Numerosos mospintoleños anhelaban el momento en que finalizase la sintonía para ver cómo retornaba su programa favorito tras la tormenta del miércoles. Silencio... estamos en el aire...

—Buenas noches, queridos oyentes. Les habla Susana Crespo, la nueva jefa de deportes de Radio Mospintoles...

## CUARTA ENTREGA

Don Faustino llevaba media hora aguardando a que le llamaran a consulta. En la espera había tenido tiempo sobrado de recordar que llevaba más de un año detrás de los médicos de la seguridad social para que le diagnosticaran con exactitud el porqué su rodilla le molestaba y le impedía mover la pierna de manera satisfactoria. Se veía imposibilitado para hacer ejercicio físico por culpa de aquellas molestias. A lo sumo, podía nadar pero siempre que tuviese un pull entre las piernas y no las doblase. ¡Se había tragado tantos potingues farmacéuticos sin resultado alguno! Varias radiografías tampoco habían detectado nada, así que tras muchas idas y venidas por la consulta al fin había conseguido lo que llevaba meses suspirando: una resonancia magnética con la que esperaba saber ¡por fin! qué demonios se escondían en su rodilla izquierda. Algún amigo, experto en dolores y operaciones traumatológicas varias, le había insinuado que podía ser algo de menisco o de cartílago, y que con una resonancia se vería muy claro, pero todos los doctores que le fueron viendo a lo largo del tiempo le habían ido dando largas, quemando etapas, como si a sus años pudiera esperar mucho tiempo.

Por fin le llamaron. Entró más contento que unas castañuelas y salió tras la resonancia con la mosca detrás de la oreja. Mira que si era algo grave... Mira que si le pasaba lo que a Remigio... Entonces se enfadó consigo mismo, se prometió dejar de dar vueltas a aquello y esperar con optimismo. Minutos más tarde volvía a las andadas. Mira que la semanita que llevo para mí se queda, y esto va a ser el petardazo final... Acto seguido reconocía su carácter, pero qué cenizo eres, Fausti, e intentaba volver a encarar la espera de los resultados con serenidad y firmeza. Al cabo de una hora larga, en realidad larguísima, porque casi fue una hora y media, una enfermera le llamó y le dio un gran sobre blanco. Dentro iba la prueba del delito. Ojalá que no pasara de un vulgar susto, se dijo cuando salía por la puerta de la clínica. Miró el reloj y se dio cuenta que faltaba escasamente una hora para su otra cita importante del día: la consulta que le había agenciado Piquito con el doctor Alexander, un prestigioso traumatólogo de Madrid. Este atendía las lesiones graves de los jugadores del Mospintoles y de otros equipos y tenía una fama excelente entre ellos. Paró el primer taxi que apareció por la calle y le dio la dirección. Pronto vería el final del túnel de aquella maldita dolencia.

\*\*\*\*\*

Susana había llegado al lujoso chalé de López, situado en la urbanización Los Saúcos, a eso de las once de la mañana. Al finalizar el programa de la noche anterior,

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

en el que ya ejerció como jefa de deportes de la emisora, López la llamó para felicitarla y la citó para el día siguiente en su casa. No saldré en todo el día pues el fin de semana tengo que viajar a Berlín, le dijo, añadiendo que era importante que se viesen porque debían tratar algunos asuntos importantes y firmar el contrato de su nueva situación laboral.

Ahora, mientras López atendía unas llamadas en la planta de arriba, la joven periodista mostraba cierto recelo en la espera. No estaba segura de que le hubiera llamado por las razones dadas. López la desconcertaba. No sabía con qué carta quedarse con el presidente pues siempre acababa sorprendiéndola. Cuando esperaba una llamada suya obtenía la llamada por respuesta. Cuando menos se lo esperaba le enviaba un largo email sobre tal o cual asunto imprevisto. La noche en que Evaristo se pasó cuatro pueblos con ella y todo Mospintoles lo pudo oír en directo, esperó en vano una llamada suya. En cambio, al día siguiente, le despertó el móvil con un escueto mensaje: "Susana, enhorabuena, eres la nueva jefa de deportes de Radio Mospintoles. López".

Por todo eso no sabía si hoy la había llamado para tratar algunas cuestiones de la emisora y su nuevo rol profesional o, sencillamente, para echarle un polvo antes de viajar a Alemania. Iba preparada para las dos circunstancias pero lo mismo le salía por peteneras y se la liaba. Cuando estuvo de regreso y se sentó a su lado en el sofá, vio que el semblante era distendido y afable, aunque tampoco acabó de fiarse.

—Perdona la espera, Susana. Basáñez está enfermo y no ha podido terminar los documentos que le solicité. Habrá que esperar unos días. Luego te los pasaré a la firma –mientras que esto oía, Susana no lo dudó: este me ha llamado para jugar al metesaca –. Ganarás el triple de lo que cobrabas hasta ahora y, además, cada mes recibirás un complemento por productividad...

—No sé cómo agradecerte la confianza que has depositado en mí para el nuevo trabajo en la emisora...

—Pues te lo voy a decir muy clarito, Susana. De ahora en adelante, en Radio Mospintoles ya no puedes ir por libre. Ocupas un alto puesto de responsabilidad por lo que deberás consultarme cualquier asunto o información que ataña directamente al Rayo. Así mismo harás llegar a los oyentes todas las cuestiones que interesen al club. La parcela deportiva de Radio Mospintoles está al servicio del Rayo. Estas son las condiciones de tu ascenso y de tu nuevo contrato.

—Intentaré no defraudarte...

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

—No... intentaré no defraudarte... no. No me defraudarás, Susana. Nos jugamos mucho en la nueva etapa que se avecina, en los próximos años. Estoy convencido de que puedes hacer mucho por mi imagen y la del club y sabré recompensártelo adecuadamente. ¿Te imaginas al Rayo en primera división e incluso participando en la Champions? No, no son imaginaciones mías. Hay varios equipos de ciudades tan modestas como Mospintoles, en España y en Europa, que están disputando la más importante competición del continente. Eres una periodista con olfato para la noticia pero también con olfato para el éxito. Nos serás de gran ayuda. Y si los triunfos llegan puedo hacer que formes parte en el futuro de otros medios de comunicación más prestigiosos y poderosos. ¿Qué me dices?

—Que me parece fantástico y que contigo firmo lo que sea. Y por cierto, ¿qué va a ser de Evaristo?

—Quiero que trabajen para mí los mejores. Tú le das mil vueltas a ese vejstorio. Te lo has merendado ante el micrófono en cuestión de meses. Lo has convertido en una colilla. Aún así seguía teniendo alguna duda sobre ti, pero esta semana la has despejado definitivamente. Mi decisión de que fueses tú quien realizase esa información sensible ha sido acertada y el programa ha sido todo un éxito de público y de ganancias. Nena, tú vales mucho, y por eso debía quitarlo de en medio...

—O sea, que lo has utilizado..., quiero decir, que has creado las condiciones para que saltase por los aires...

—Lo mantendré en la nevera unas cuantas semanas. Primero debe recuperarse física y anímicamente. Luego le buscaré algo en el club hasta que se jubile. No podía permitir que te insultase y vejase de esa manera. Ya tiene su merecido. Se lo ha ganado a pulso...

—No me lo creo –Susana volvió a insistir, esta vez tocándole cariñosamente los cabellos a López–. Esta cabecita tenía un plan y salió a la perfección. ¿Me equivoco?

—No. Como un mal entrenador, fue incapaz de aguantar la presión que cada día echaba sobre sus espaldas para que controlase lo que decías en antena. Además, la envidia le corroía y de su racismo qué te voy a decir. Estaba obsesionado con que le ibas a quitar el puesto...

—Y sabía que tú me abres de piernas de vez en cuando...

—Ja, ja, ja –la afirmación de Susana hizo estallar en una carcajada a aquel señor tan serio apellidado López y de nombre Melitón–. Me encanta tu sentido del humor...

Entonces Susana se acercó completamente a López. Puso dos dedos en su boca para hacerle ver que estaba más guapo calladito y acto seguido le besó. Lo que ocurrió después en aquel sofá sólo lo saben ellos dos.

\*\*\*\*\*

—Con que usted es el famoso profesor don Faustino...

—Bueno, Piquito me tiene en demasiada consideración...

—Es verdad. Admira su sabiduría y honradez, virtudes nada comunes hoy día. Ni siquiera en mi profesión... se lo digo con toda franqueza.

—Le habrá contado que llevo más de un año detrás de esto...

—Viéndole cómo coloca el pie izquierdo al andar y lo que Piquito me comentó, tengo para mí que lo suyo es de menisco. Ahora le voy a hacer una exploración de la rodilla y con eso estaremos muy cerca del diagnóstico preciso.

—Y la resonancia, doctor...

—La resonancia me confirmará el diagnóstico.

—¡No me diga! ¡Tanto tiempo para conseguir una y ahora resulta que tampoco es tan necesaria!

—Mire, profesor. Cuando a usted le llega un alumno nuevo, y le mira, y le oye hablar, y le tantea con diversas preguntas, estoy seguro que casi lo tiene calado sin necesidad de someterlo a profundísimos exámenes. ¿O no?

—Efectivamente, doctor. A veces, como escribía Antonio Machado en su libro "Juan de Mairena", me basta ver al padre del niño para saber de qué pie cojea el hijo.

-Pues eso me ocurre a mí, amigo. Venga por aquí y tumbese en la camilla.

Don Faustino obedeció corderilmente. El doctor Alexander le había causado tan buena impresión que sintió no haber hecho caso antes a Piquito cuando le sugirió que debía ponerse en sus manos. Aunque aquella y las posteriores consultas le costaran un ojo de la cara. El doctor le preguntó mil cosas, le trasteó y manipuló las dos rodillas, le hizo adoptar diversas posiciones en las que a veces el dolor le

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>

resultaba casi insoportable y en otras no había síntoma alguno. Por fin le invitó a sentarse y empezó a abrir el sobre de la resonancia.

—Sospecho que tiene usted una rotura degenerativa del menisco interno de la pierna izquierda. Hace poco tuve un caso similar al suyo. Una edad cercana a los sesenta, jugador habitual de tenis dos veces por semana, con dolor en rodilla izquierda postpartido. Siguió jugando hasta agravarse la lesión. Le tuvieron como a usted, dando bandazos un año. Ese dolor en el compartimento interno de la rodilla en pacientes de su edad se ha considerado durante mucho tiempo, y se sigue considerando por muchos doctores no especializados en el área deportiva, como un signo inequívoco de artrosis y no digamos si se acompaña con algún signo radiológico de degeneración articular. En este caso el paciente suele salir de la consulta con diagnóstico de artrosis y un tratamiento a base de regeneradores del cartílago, antiinflamatorios y medicamentos que frenen el avance artrósico. El bosque, como ve, no deja ver el árbol concreto que nos interesa. El menisco, con la edad, también sufre un proceso de envejecimiento y un fuerte traumatismo, una sobrecarga articular, cualquier circunstancias agravante puede hacer que se rompa, aunque la rotura –como en su caso- no sea muy grande.

Aquel sabio de la medicina y las lesiones deportivas sacó del sobre las imágenes de la resonancia. Fue colocando una tras otra en la pantalla iluminada que tenía en la pared y tras observarlas detenidamente se volvió hacia don Faustino.

—Lo que le decía, profesor. Pequeña rotura degenerativa del menisco interno. Es una rotura transversal simple así que estará usted como nuevo en menos que canta un gallo.

Cuando salió de la consulta don Faustino iba dando saltos de alegría. Aunque le esperaba un pequeño viacrucis entre la operación quirúrgica, la convalecencia y la rehabilitación, ese diagnóstico tan certero acababa una situación de angustia, de no saber qué podía tener, de imaginarse las mayores calamidades futuras. ¡Si hasta un día le dio por pensar que acabaría en poco tiempo en una silla de ruedas! Ya en la calle, cogió un taxi y le indicó la dirección del Instituto Fernando Orejuela de Mospintoles. Por el camino llamó a Manolo para comunicarle la buena nueva. A continuación se recostó sobre el asiento y cerró los ojos. Esperaba que Matute hubiera sido eficaz y que en la mismísima puerta del Instituto estuviera esperándole el coche cuyas llaves debía haber dejado en la conserjería. No sabía a dónde iba a pasar el fin de semana, pero sí tenía clara una cosa: no iba a pensar ni medio minuto en nada de lo que había ocurrido en la semana de infarto.

**Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón**

<http://www.mospintoles.com>